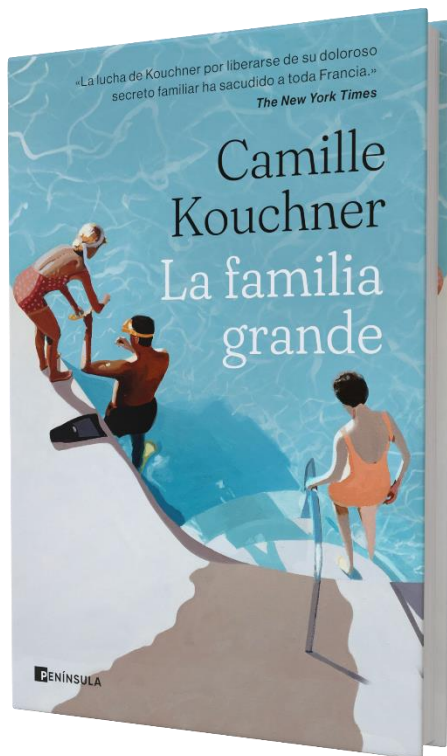


PENÍNSULA



CAMILLE KOUCHNER

LA FAMILIA GRANDE

**El libro que ha sacudido a
todo un país**

“Este libro es una
declaración de amor que
acaba en una declaración
de guerra” Le Figaro

A LA VENTA EL 6 DE OCTUBRE

**AUTORA DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS
DEL 5 AL 8 DE OCTUBRE**

***Material embargado hasta publicación**

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

Erica Aspas (Responsable de Comunicación Área de Ensayo)

M: 689 771 980 / E: easpas@planeta.es

SINOPSIS

Esta es la historia de una familia que amaba reunirse, comer, beber, reír, bailar y discutir. Que amaba el sol y el verano. Este es el testimonio abrumador de una mujer que se atreve a revelar un secreto guardado durante años. Un secreto que ahoga la memoria, que prohíbe la espontaneidad y el placer para siempre, que baila al ritmo del miedo y se alimenta de la vergüenza y la culpa. El único secreto que silenció la familia grande, cuyo lema era «está prohibido prohibir».

La familia grande, que se ha convertido en el fenómeno editorial del año y cuya publicación ha conmocionado a la sociedad francesa, no es un simple testimonio ni una venganza pública, es una obra magistral que reconstruye con una implacable precisión los mecanismos de dominación y pone en evidencia cómo la violencia sexual destruye toda certeza. La historia de esta familia es universal y manifiesta el poder de la escritura frente a la *omertà* y la ausencia de justicia. Es la historia de una liberación tardía y de una lucha por dejar atrás un mundo antiguo en el que reinan los depredadores.

«Así se transfiere la culpa, asumiendo múltiples rostros. Así el crimen enterrado hace metástasis. Así es como un secreto largamente guardado cobra su inexorable medida de sufrimiento.» The New York Times

LA AUTORA



Camille Kouchner es abogada y profesora universitaria de derecho privado en París. *La familia grande* es su primer libro y con él ha revolucionado la sociedad francesa.

A raíz de su publicación en Francia surgió el movimiento **#metooincest**, que llenó las redes sociales de miles de casos -según una encuesta, el 10% de los franceses dicen haber sufrido abusos sexuales por parte de un familiar cuando eran menores- y se aprobó una edad mínima de consentimiento sexual.

EXTRACTOS DE LA OBRA

I

«Mi madre murió el 9 de febrero de 2017. Completamente sola en el hospital de Toulon. En su expediente médico, pone: «falleció en presencia de sus allegados», pero ninguno de sus hijos se encontraba allí. **Mi madre, menudísima en una cama de hospital, murió sin mí. Y yo debo vivir con esa conciencia.**»

«**Dirijo la mirada hacia esa gente unida y alejada de nosotros. Parece que reclamen algo, parece que esperen que me derrumbe,** parece que quieran que nos arrepintamos y que nos larguemos.

Los discursos son vacíos; los oradores, hipócritas o mal informados. Mi madre y las ciencias políticas, mi madre y la Dirección del Libro, mi madre y su feminismo, mi madre y su libertad sexual... Largo y estúpido a más no poder. La que nos da lecciones «con la esperanza —dice— de ayudarnos a comprender mejor» quién era nuestra madre suelta una perorata egocéntrica y mal escrita. Mis hermanos y yo pataleamos, Pablo se pone en pie. Todo es falso, carente de interés. Desvirtuado, descarnado. Desesperante.»

«En el entierro de mi madre, el recuerdo de las flores por todas partes y de **esa gente a la que amé durante mucho tiempo.** En el entierro de mi madre, **el recuerdo de esa gente a lo lejos, que no se acercó.** Gente de la infancia, del sur, de la familia recompuesta. La *familia grande.*»

«Cuando era pequeña, mi madre me instaba a llamarla por su nombre de pila: Évelyne. «Évelyne, Andrée, Thérèse, Antoinette. ¿Te lo puedes creer? ¡Andrée!» Yo la observaba reírse, acechaba sus sonrisas. Perseguía su mirada. **La quería tantísimo.**

[...] **Decía que lo importante era hablar, que todo se podía explicar,** que la televisión era una ventana al mundo, y la libertad, el valor supremo. **Yo tenía permiso para hacer lo que quisiera mientras fuera responsable.** Y sería responsable si trataba de comprender. Comprenderlo todo, a todos, todo el tiempo.»

«**Mi madre solo me recomendó un libro en contadas ocasiones.** Prefería dejarme a mi aire. ¿Le gustará leer? ¿Le gustará bailar? ¿Le gustará cantar? Ya se verá. Es su vida, no la mía.»

«Solo la vi desistir en una ocasión. **Mi madre dejó a mi padre para no tener que sufrir sus ausencias: «Estoy harta de los héroes».** Él gritó, lloró. Ella intentó explicárselo y luego se dio por vencida. Mi madre me protegió, me colmó de dulzura y de palabras. Se negó a ocultarme la verdad y me clavó la mirada. «Aunque él grite, yo soy más fuerte. Ya sé que debería amarlo en nombre del viejo mundo, pero tú quieres que yo sea libre, ¿verdad? Ya lo verás, te lo prometo, sin él lo conseguiré. Seré feliz. Mírame.»

«**La libertad, las mujeres, la pareja, la infidelidad gozosa, la modernidad inteligente. De pequeña, esas historias me arrullaban.** Cuando estábamos a solas, mi madre insistía: «El día que Paula me contó cómo tener un orgasmo montando a caballo o en bici, ¡yo apenas había llegado a la adolescencia! Criaba a sus hijos a su manera. En aquella microsociedad insular, la consideraban una loca de atar. Yo la encontraba increíblemente audaz.»

«Son hermosas, inteligentes y anonadantes. Todavía hoy, los pocos amigos de Niza con quienes me cruzo me hablan de la belleza y del desparpajo de las hermanas Pisier. Mi madre me explicaba: «Compréndeme, yo **hice el amor por primera vez a los doce años. Hacer el amor es la libertad. ¿Y tú, a qué esperas?».**

«Marie-France tiene dieciséis años cuando se fijan en ella a la salida del instituto. François Truffaut ha organizado un *casting* brutal para encontrar a su Colette de *El amor a los veinte años*. Marie-France es la elegida. Su carrera despegó. Pero no basta con huir y divertirse. **Más allá del juego y de la provocación, mi abuela ordena a sus hijos que triunfen.**»

«Évelyne y Marie-France tienen poco más de veinte años. **Fascinadas por el Che Guevara, intrigadas por Fidel Castro,** enardecidas por su madre, que apoya la revolución, **viajan a Cuba** con algunos de sus amigos de Niza [...]. Su camino se cruza con el de un grupo de jóvenes franceses, la Unión de Estudiantes Comunistas. **Su líder se convertirá en mi padre.** Bernard es atractivo y muy seductor [...] Bernard es joven y autoritario.

En Cuba, Bernard alberga la esperanza de conocer al Líder Máximo [...]. Pero, entretanto, según ella, mi padre quiere impresionar a mi madre. La desea y le ordena que no se aleje.

Cuando reciben la noticia, mi padre no cabe en sí de alegría. Es gracias a él, a su aura. **Fidel Castro quiere conocer a su grupo.**

Primer mitin [...] La voz de Fidel Castro resuena. El hombre es elocuente, raro y locuaz. En varias ocasiones, **su mirada se posa en los ojos de mi madre. Le sonrío.** Y por la noche, cuando el grupo ya está en el dormitorio común, llega un coche. Mi madre me cuenta: «Debo ir al encuentro de Fidel Castro. Una orden de Cuba. Viene a buscarme a mí». Es más: Fidel Castro está en el coche.»

«Mi padre, gastroenterólogo, médico como su padre y su hermano, se embarca en proyectos humanitarios. Al igual que mi madre, prolonga la lucha, a su manera. En 1968, se encuentra en Biafra. En 1971, **crea Médicos sin Fronteras y sigue marchándose. Abandona el hogar.**

Nunca está. Mi nacimiento en 1975 no cambia las cosas. El de mi hermano tampoco. Víctor, mi gemelo, mi regalo.»

«Por parte de mi madre, nueva vida, también. Mitterrand acaba de ser elegido presidente. Nos presenta al hombre que quiere, desde hace poco, seguramente. Diez años menor que ella. Los dos son profesores de derecho público, pronto en la misma universidad. **Su complicidad intelectual, la infinita ternura con que él la mira y, sobre todo, su amor loco por nosotros. Me conquista de inmediato.**»

«En Sanary, también votamos a favor de la adopción. ¡En Chile, por supuesto! Esta vez, es mi padrastro quien quiere un hijo. Mi madre tiene cuarenta y cinco años.

Para adoptar hay que cumplir varios requisitos. [...] Mis padres pierden la paciencia. **Mi padrastro no hace ascos a los enchufes, llama a Chirac para pedirle ayuda.** Una mundología bochornosa. Me quedo atónita. «¿Chirac?» «Ya lo entenderás más adelante. ¡Ahora ven a divertirme!» Eficacia de la derecha: recibimos la autorización del sistema sanitario público. Carmen se marcha a buscar un bebé.»

II

«Al volver del colegio, como de costumbre, voy a ver a Évelyne en su despacho [...]. Me encuentro a Gilles y a Marie-France, sentados en el suelo. Las cosas se precipitan. «**¿Qué pasa?**» «**Nada. Nuestro padre ha muerto.**» Están bebiendo. Marie-France y Évelyne fuman un cigarrillo. [...] En realidad, no comprendo que estén tan tranquilos. Marie-France parece cansada, Gilles ocupado, mi madre indiferente. Me desmorono. El hombre que conocí no era un anciano, al contrario. Desde luego, me pareció un poco ajado, pero no tan viejo, ¡no era un viejo, en cualquier caso!

Pregunto: «¿Qué ha pasado?». Gilles y Marie-France dejan que mi madre tome la palabra. «**Pequeña mía, se ha matado. Con una pistola. Como un imbécil.**» Me lo cuenta todo, no me explica nada. Todavía hoy, apenas me atrevo a escribirlo, me deja sin aliento. «¡Pero si es tu padre, mamá!» Mi madre me sonríe. «Apenas. ¿Y qué? Deja de fustigarte con preguntas, **es perfectamente libre de matarse.** Libertad, libertad... Sabía que lo iba a hacer. El último acto agresivo de un hombre egoísta.»

«**Cuando mi abuelo se suicidó, interrogué a mi abuela.** Abuela central, pilar de Sanary, interesada por la postura de cada cual, repartiendo visto buenos [...] Jueves a mediodía. Terminamos de comer, cogemos el ascensor, el colegio empieza en diez minutos. Temblando, le pregunto: «Pero **¿tú tampoco estás triste?**». Paula me mira a través del espejo, con los ojos empañados. «Camillou mía querida, **estoy un poco triste, la verdad, porque es la única vez que Georges ha demostrado coraje.** Lo demás no es grave. No suframos.» Mi abuela adorada.»

«**Paula era pura alegría y generosidad.** Con ella, hablaba por los codos. **Me transmitía la lucha de las mujeres, me implicaba en sus debates.** Observándola, comprendía qué es la independencia («cuando ya no quieras a alguien, déjalo»), así como el precio de cada elección.»

«Me acordaré siempre del día que, en Sanary, me **anunció que, de manera excepcional, no participaría en las próximas vacaciones,** porque estaba preparando un viaje a Italia con unas amigas. Unas

amigas a quienes yo no conocía. [...] **Mi abuela se suicidó justo después.** En 1988. Tenía sesenta y cuatro años. Yo iba a cumplir trece.»

«Llegó mi madre, acompañada de mi tía y de mi tío. No podía ni caminar. Cuando abrió la puerta, su mirada se cruzó con la mía. Aquella mirada me suplicaba que no existiera. Se presentaron los amigos, los de Niza, los de Sanary. **Aparecieron botellas de whisky, medicamentos, Lexatín y Xanax. Y también hielo, mucho hielo, para los ojos de mi madre.**»

«Debíamos marcharnos con nuestro padre. Una vez más, como siempre, con dulzura pero con firmeza, **mi madre organizaba mi tristeza.** Mi abuela se había intoxicado libremente. Los del círculo de Sanary sí que podrían reunirse y consolarse, pero nosotros, los nietos, los nietecitos de Paula, debíamos alejarnos. No quedarnos. Para protegernos o para protegerlos.»

«**Desde entonces, tengo miedo. De que suceda algo, de que le ocurra algo a la gente que quiero.** Me anticipo, analizo, prevengo. Tengo miedo. Un presentimiento irremediable. Y la razón no puede hacer nada.»

«El día que mi abuela se suicidó, mi madre quiso matarme a mí. **La existencia de sus hijos le impedía desaparecer.** Éramos el recordatorio de su vida obligada. Yo era su coacción, su imposibilidad. **El día que perdí a mi abuela, perdí a mi madre. Para siempre.**»

«1988. Bernard entra en los ministerios con el primer gobierno de Rocard, tras los suicidios. **Secretario de Estado, elegido poco después «la personalidad favorita de los franceses».** ¿Qué más se puede añadir?»

«**Adondequiera que vaya** —a restaurantes, de vacaciones, a la esteticista, al dentista, al médico, al gimnasio e incluso en Sanary—, **me hacen la misma pregunta: «Bueno, ¿cómo está papá?».** Yo, sometida: «Muy bien, gracias», o indignada: «¿Así que usted también lo llama “papá”?!», pero siempre herida, siempre callada. No tengo ni idea de cómo está, nunca lo veo.»

«Victor me pidió que fuera a verlo a su cuarto. Fue después de la primera vez. Algunas semanas después, creo. Me dijo: «Me llevó de fin de semana. ¿Te acuerdas? **Allí, en la habitación, se metió en mi**

cama y me dijo: “Te voy a enseñar. Ya lo verás, todo el mundo lo hace”. Me acarició y luego, ya sabes...».

Conozco a mi hermano, está asustado. Más que jorobado de contármelo, escudriña mi mirada, intenta saber: **«¿Crees que está mal?»**. Pues no, creo que no. Siendo él, seguro que no es nada. Nos enseña, eso es todo. ¡No somos unos reprimidos!

Mi hermano me explica: «Dice que mamá está demasiado cansada, que se lo contaremos más adelante. Sus padres se suicidaron. No hace falta incordiarla». En eso estoy de acuerdo.

También me dice: «Guárdame el secreto. Se lo he prometido, así que prométemelo. Como lo cuentes, me da algo. Me muero de vergüenza. **Ayúdame a decirle que no, por favor»**.

«Conozco perfectamente su juego. En Sanary, algunos padres y algunos hijos se dan besos en la boca. **Mi padrastro calienta a las mujeres de sus amigos. Los amigos les tiran los tejos a las niñeras. Los jóvenes se entregan a las mujeres de más edad.**

Recuerdo cómo me guiñó el ojo de pequeña mi padrastro cuando descubrí que, por debajo de la mesa, estaba acariciando la pierna de la mujer de su amigo [...] Recuerdo las explicaciones de mi madre, a quien se lo conté: **«Eso no tiene nada malo, Camillou mía. Estoy al corriente. Los polvos son nuestra libertad»**.

«Recuerdo también **otra velada que acabó con una denuncia**. La chica, que apenas tenía veinte años, estaba durmiendo cuando un chico se metió en su cama. Ella se escapó a Paría y avisó a sus padres. Hubo que darles explicaciones. **La chica fue repudiada y despreciada por mi padrastro y mi madre, horrorizados por tanta vulgaridad**. A mí me explicaron cómo debía interpretarlo: la chica había exagerado. **Pero, con mi hermano, ¿eso también está permitido?»**

«**Mi padrastro entraba en el cuarto de mi hermano. Yo oía sus pasos en el pasillo y sabía que iba a su encuentro**. En aquel silencio, me lo imaginaba. Que le pedía a mi hermano que lo acariciara, quizá, que se la chupara.

Yo esperaba. Esperaba a que saliera del cuarto, lleno de olores desconocidos, que aborrecía de inmediato.»

«Entraba en mi cuarto y, **por medio de su ternura y de nuestra intimidad, por medio de la confianza que tenía en él, suavemente, sin violencia alguna, el silencio iba arraigando en mi interior.**»

«**La culpabilidad penetró en mi interior como un veneno** y pronto invadió todo el espacio de mi cerebro y de mi corazón. La culpabilidad se desplaza de objeto en objeto. Adopta varias caras y te hace arrepentirte de todo y de cualquier tontería. [...] Y, primero de todo, **la culpabilidad ahoga la memoria**. Borra las fechas para dejar a su presa en la oscuridad. Ni Victor ni yo podemos decir con exactitud la edad que teníamos entonces. Catorce años, creo.»

«Yo, **alentada por mis padres, sobo a los mayores desde pequeña**. Durante horas, tardes enteras, en la piscina, en el dormitorio común, en los campos, acaricio, restriego, alivio las tensiones. Más tarde, una de las hijas me contará: «**Tenía doce años cuando tu padrastro me dio un morreo a espaldas de mis padres, en Sanary. Y no dije nada**».

Crear que se tiene suerte de estar rodeado por gente así.»

«Supongo que **el incesto cesó cuando Victor se marchó, pero no estoy segura**. Mi hermano se alejó y yo ya no me enteré de qué ocurría realmente.»

«**Durante todos aquellos años, más que callarme, protegí a mi padrastro**. Especialmente cuando mi hermano decidió pararle los pies, cuando Victor me contó que intentaba rehuirlo: «Ese cabrón me importa una mierda, haz como si nada. Hazlo por Évelyne. Él también se va a suicidar y ella no lo soportará».

Durante todos aquellos años, y durante mucho tiempo después, protegí a mi padrastro.

No porque mi hermano me lo pidiera, sino porque lo quería como a un padre y, en el estallido de nuestra familia, frente a la deriva de mi madre, **era lo único que me quedaba.**»

«Victor llamará al psicólogo que atiende a Pablo para asegurarse de que no le ha ocurrido nada a su hermanito, le contará las agresiones. El psicólogo interrumpirá la conversación: «**No tiene derecho a llamarme. Usted no es mi paciente**», y se callará. Por suerte, al cabo de poco ese psicólogo colgará los hábitos.»

«Hasta que cumplí veinte años, la hidra solo era una serpiente. El reptil alimentó mi anquilosamiento. Yo no estaba en ninguna parte. La ausencia en la presencia. **Ya no me interesaba nada.** [...] Intentaba ser como mis padres para prohibirme criticarlos. Tal cual.

Hasta que apareció la hidra, con otros rasgos, e insistió. **La tristeza se sumó a la estupefacción inicial. Se le añadió la ira.** Tristeza por mi madre, ira contra mí. Inmensa culpabilidad de existir.»

«**Mi culpabilidad es la del consentimiento.** Soy culpable de no haber detenido a mi padrastro, de no haber comprendido que el incesto está prohibido.»

III

«Tenía veinticinco años cuando por fin Thiago me besó.

Tenía veinticinco años y deseaba olvidarlo todo.

Tenía veinticinco años y, por sentimental o romántico que parezca, **Thiago me permitió elegir la vida.**»

«Regularmente, Victor me convocaba. Quería ponerme al corriente: su psicólogo, sus pesadillas. **Me contaba sus raras discusiones con nuestro padrastro, que se negaba a pedir disculpas,** que le decía que estaba tan mal que podría suicidarse. Me repetía sus súplicas para imponerle que se lo ocultara todo a mi madre y al resto de la familia grande.

Regularmente, mi hermano me recordaba: «Si me dejas, no lo conseguiré. Si se sabe, Bernard nos lo reprochará. Si se sabe, ya no podré ir a ningún lado sin que me observen. Si se sabe, todo el mundo lo sabrá. Ven, **necesito hablar contigo, pero tú cállate, por favor.**»

«**Tras más de diez años, decidí contarlo.** No a todo el mundo, por supuesto. Se lo conté al hombre a quien amaba. Sin duda, con palabras poco adecuadas. No estaba preparada, no sabía formularlo.»

«Mi hermano estaba en contra, pero se abrió con ella. **Le contó a su mujer qué le había ocurrido y con qué teníamos que vivir desde entonces.** Y Alice, que no había visto nada, que no se había dado

cuenta de nada, se enfadó conmigo. Debió de ser por la conmoción, sin duda. Aquel hombre que había conocido en el colegio, aquel hombre con quien compartía la vida desde hacía años se lo había ocultado todo. Pero **me incriminó a mí. Alice me consideraba responsable. Mi silencio era culpable.** Me lo reprochaba a mí. No durante mucho tiempo, pero bueno...

Victor también me lo echaba en cara: «Ya te lo había dicho, nadie lo entiende. Ahora Alice quiere que hable con Évelyne. Vais a ser dos jorobándome... No es tan complicado: no quiero hablar de ello.»

«Alice decidió regresar a Sanary con la esperanza de que Victor se sintiera arropado, apoyado, protegido. Le llevó sus niños a mi madre, lo hizo por él, por ellos, por ella misma también. Pensaba que no tenía vuelta de hoja: **en cuanto Évelyne lo supiera, dejaría a mi padrastro. Alice tenía el propósito de ayudarnos a hablar con ella.**»

«Tuvimos un hijo y, por fin, me di cuenta. Dividida y, acto seguido, decidida. **Tuvimos un hijo y me invadió una repugnancia desmesurada.**

Mi bebé todavía estaba en la barriga y ya lo sabía. Sabía que tendría que impedirlo. **Sabía que Sanary se había terminado, que nunca jamás volvería a ir.** Nunca jamás la casa de mi infancia, a la que llevaba treinta años yendo. Nunca jamás el refugio, el calor del verano.»

«Colin y Alice me ayudaron, tratando de convencer a Victor: «Dile lo que pasó. Dile que el incesto no es una libertad. **Dile la herida que sufres desde pequeño.**»

Tal vez Victor no estuviera preparado, pero lo hizo.»

«Victor me llama por teléfono: «Ya está, ya lo he hecho, se lo he contado todo. ¡Felicidades por tu bebé! **Évelyne no ha dicho nada. Se ha marchado.** Marie-France la ha acogido.»»

«Marie-France también me ve encogerme. «Ya basta, Camille. ¿Te haces la modelo tonta o qué? ¡Tienes que parar!» Viene a ver a Nathan [...], **«Tu madre es cobarde. ¡Habla con tu padre!**» Marie-France, mi tía, pilar en medio de las tormentas.»

«A veces, mi hermano recibe una llamada telefónica de mi madre. Le dice a Victor que **su padrastro no lo niega.** «Lo lamenta, ¿sabes? No

deja de torturarse. Pero ha estado reflexionando y es evidente que por aquel entonces tú debías de tener más de quince años. Además, **no hubo sodomía. Las felaciones son algo muy distinto».**

A mí me dice palabras que me incriminan: «**¿Cómo pudisteis engañarme así?** Tú la primera, Camille, eres mi hija y deberías haberme avisado. **Ya me di cuenta de cómo queríais a mi novio. Enseguida supe que intentaríais quitármelo.** La víctima soy yo».»

«Marie-France se embarcó en una empresa encarnizada. **Luchó como pudo contra el horror. Avisó a sus amigos.** Su hermana con un pedófilo al que le había dado por su hijo. Era insoportable, inaceptable. Durante meses, **buscó apoyos para convencer a mi madre, para abrirle los ojos y persuadirla de que lo dejara.**»

«La radio. France Inter. 24 de abril de 2011. Una notificación de Le Monde: «**Fallece la actriz Marie-France Pisier».** **Se me hiela el corazón.** Vibraciones. Colin me llama. «¿Qué tonterías son esas?» «No lo sé. Seguro que es un error.» No puedo respirar.»

IV

«Grandes penalistas. Abogados estrella. Los escogí a propósito. Primeros de la lista de los mejores bufetes. Había que intentar hacer contrapeso. **Había que intentar compensar el prestigio de mi padrastro y el de mi madre, como grandes profesores de derecho. Había que prepararse para hacer frente a las potenciales refutaciones de sus amigos,** algunos de los cuales eran grandes abogados, que se verían obligados a defender su propio silencio.»

«Usted fue víctima de un crimen, señor. Según lo que me contó, el caso está muy claro. He buscado otros expedientes donde, en el mismo contexto, a la misma edad y con los mismos hechos, el padrastro fue condenado con severidad. **Usted fue víctima de un incesto, señor. Y tanto da que su padrastro diga que usted no intentó resistirse. Tanto da que trate de decir que usted era algo mayor.** En todos esos expedientes sigue siendo igual. En mi opinión, su padrastro es culpable y debería estar en la cárcel.»

«**Ese reconocimiento del sufrimiento. Por parte de un tercero, al fin.**»

«Hoy en día, esos crímenes se pueden perseguir durante treinta años una vez alcanzada la mayoría de edad. Por lo tanto, hasta que la víctima cumpla cuarenta y ocho años, se puede presentar una denuncia. Usted podría hacerlo, pues. Pero la **ley no es retroactiva. Solo se aplica a las víctimas que han sido violadas recientemente.** Como muchos otros niños, usted tardó bastante en hablar. Es normal. Denunciar a alguien próximo todavía es más complicado; sin duda, necesitaba que su madre estuviera muerta... Pero ya es demasiado tarde. O, para ser más precisos, el crimen fue cometido demasiado pronto. **En materia de prescripción, la ley no distingue entre las violaciones a menores y el incesto. Ya no se puede hacer nada contra él.** Lo lamento muchísimo.»

«[...] la *familia grande* se atrincheró. La antigua y la nueva hornada se alejaron como un gusano. Murmuraron, cuchichearon, pero nunca se dejaron ver ni vinieron a hablar conmigo. **Aquellos en quien yo confiaba, aquellos que prácticamente me habían criado no vinieron a averiguar qué había ocurrido.** No vi que se cuestionaran nada. Que se preguntaran si ellos también la habían cagado un poco. No vi que nadie tratara de disipar nuestra culpabilidad, que nadie viniera a reconfortarnos.»



Para ampliar información, contactar con:

Erica Aspas (Responsable de Comunicación Área de Ensayo)

M: 689 771 980 / E: easpas@planeta.es